

instrumentos; trabajad en auxilio mio!—conduciéndose como un padre, quien deja ejecutar á su hijo parte de su obra, á pesar del riesgo que corre de vérsela echar á perder. Poseer semejantes poderes, y no ejercerlos, seria el colmo de la irreverencia para con Dios, no ménos que la más espantosa falta de caridad hácia los hombres. No hay cosa más irreverente, porque nada hay ménos filial, como el alejarse de los dones de Dios, únicamente á causa de su exuberancia. Cierta instinto de seguridad induce al hombre á no mezclarse en lo sobrenatural; pero la verdad es, que no podemos mantenernos alejados de semejante orden, y ser salvos: el naturalismo es, pues, peligroso. Si nosotros rehusamos entrar en el sistema mencionado, y no ocupamos en él humildemente el puesto que nos corresponde, nos arrastrará tras sí, solo para despedazarnos, luego que nos tenga bajo sus órdenes. El miedo de lo sobrenatural es el más peligroso de los afectos; y la prevencion con que se le mira, es asimismo un pronóstico de condenacion eterna, que con demasiada frecuencia tiene su cumplimiento.

Todo cuanto llevo dicho hasta aquí, indirectamente al ménos, no ha sido más que un elogio en favor de la devocion por las almas benditas; pero

ahora es preciso que de un modo más directo, hable de las excelencias y prerogativas de semejante práctica devota.

SECCION VI.

Excelencias y prerogativas de la devocion por las almas benditas.

1.^a No es ciertamente ninguna exageracion el llamar á la devocion por las almas benditas, no ménos una especie de centro, donde confluyen y van á encontrarse todas las devociones católicas, como una práctica que satisface más que ninguna otra devocion particular nuestros deberes religiosos, pues que es una devocion toda de amor y amor desinteresado: echemos una ojeada sobre las principales devociones católicas, y nos convenceremos de ello. Sea, por ejemplo, la primera, la devocion de San Ignacio á la gloria de Dios, la cual, si nos es permitido emplear semejante lenguaje, fué la devocion especial y favorita de Jesús. Pues ahora bien; el purgatorio no es sino un campo dilatado, donde puede recogerse una cosecha abundantísima de gloria de Dios: no se puede recitar oracion alguna en sufragio de las almas benditas, sin que al punto no sea Dios

glorificado en la fe y caridad que envuelve esa simple súplica; es imposible que reciba cualquiera de ellas ningun alivio, por pequeño que sea, sin que inmediatamente no se encuentre glorificado en la honra que se tributa á la Preciosa Sangre de su Hijo y en la aproximacion de semejante alma á la patria del cielo; no puede un alma ser redimida de su cautiverio, sin que el Altísimo no sea inmensamente honrado, al premiar sus propios dones, en la salvacion de esa alma querida; la Cruz de Jesucristo alcanza un triunfo glorioso, el decreto de predestinacion consigue una completa victoria y cuéntase ya un nuevo adorador en la Côte celestial. Ademas, la gloria de Dios, su gloria dulcísima, la gloria de su amor, más ó ménos tarde, es infalible en el purgatorio; pues que en semejante mansion no hay pecado alguno ni aun posibilidad de pecar; solo es cuestion de tiempo: todo cuanto se gana, es una ganancia real; todo la mies que se recoge, es puro trigo, sin escorzuelo, paja ni tamo.

Por otra parte, ¿qué devocion existe que con justicia sea más querida de los cristianos, como la devocion á la Sagrada Humanidad de Jesús, la cual, más bien que simple devocion, es un conjunto de devociones sumamente hermosas y variadas? Pues bueno; ved ahora cómo todas

ellas están comprendidas, y, por decirlo así, empapadas en la devocion á las almas benditas: conforme á la rapidez con que las almas son rescatadas del purgatorio, aumentase y se acelera la abundante cosecha de la Pasion Sacrosanta de nuestro Redentor dulcísimo; y una cosecha temprana es no ménos rica que copiosa, porque toda dilacion que experimente el alma en su entrada en el empíreo, para cantar las alabanzas del cielo, es una pérdida irreparable y eterna para la honra y gloria debidas á la Sagrada Humanidad de Jesús. Qué cosas se oyen tan extrañas en el lenguaje del santuario; y sin embargo, semejante lenguaje no es más que la expresion de la verdad. ¿Puede por ventura recibir la Sagrada Humanidad de Jesús una honra mayor que aquella que se le está tributando en el Adorable Sacrificio de la Misa? No; y cabalmente en este Inefable Misterio consiste nuestra principal accion sobre el purgatorio. La fe en los Sacramentos, aplicados en sufragio de los fieles difuntos, es un homenaje agradable á Jesus; y lo mismo puede decirse de la fe en las indulgencias, en los altares privilegiados, etc.: las facultades todas de que se halla adornada la Iglesia, para con ellas socorrer á las almas benditas del purgatorio, provienen de la Sagrada Humanidad de nuestro

Salvador, y son una alabanza y perpetua accion de gracias á Jesucristo Señor nuestro. Ultimamente, la devocion por las almas benditas, honra á Jesús imitando su celo en la salvacion de las almas; pues que semejante celo es la divisa de su pueblo y una herencia que Él nos legara.

La devocion á nuestra Madre amorosísima está igualmente comprendida en la devocion por los fieles difuntos, ya consideremos á esta Señora como Madre de Jesús, y participando, en su consecuencia, de los honores de la Sagrada Humanidad de su Hijo benditísimo; ya como Madre de misericordia, y, por lo tanto, especialmente honrada con las obras de misericordia; ó ya, en fin, como Reina del purgatorio, y poseyendo, bajo este concepto, toda suerte de intereses, á cual más inestimables, que promover con la redencion y libertad de las almas benditas.

A las devociones susodichas, podemos agregar la devocion á los Santos Ángeles, la cual va tambien comprendida en la devocion por los fieles difuntos. En efecto, la devocion por las benditas almas, está llenando constantemente los tronos que se hallan vacantes en los coros angélicos, esto es, aquellos vacíos deformes que ocasionó la caída de Lucifer y la tercera parte de la milicia celestial; y multiplicando los compañeros

de los espíritus bienaventurados. Puede asimismo suponerse que los Ángeles mirarán con especial interes á la Iglesia purgante, viéndola ya coronada con su precioso don y esclarecido ornamento de la perseverancia final; y no haber, con todo, entrado inmediatamente á poseer la herencia como ellos pasaron á disfrutarla, luego que terminó su estado de viadores. No pocos espíritus celestiales tienen igualmente un tierno interes personal en el purgatorio: millares, acaso millones de ellos, son los Ángeles de Guarda de aquellas almas, y cuyo oficio aun no ha cesado; miles tienen allí protegidos suyos, quienes, viviendo en la tierra, eran sus especiales devotos: San Rafael, que tan fiel fué para Tobías, ¿dejará de ser lo mismo para aquellas benditas almas que durante su vida mortal le honraron con particular devocion? Todos los coros están mutuamente interesados, ora porque semejantes almas han de ser un día agregadas á cualquiera de ellos, ó bien por haberles tenido una devocion particular viviendo en el mundo. María Denise, de la Visitacion, todos los días acostumbraba á congratular á su Ángel de Guarda, por la gracia que habia recibido, y con cuyo auxilio se mantuvo fiel, mientras tantos otros que le rodeaban, estaban ca-

yendo precipitados en los abismos. Era, segun ya llevo dicho arriba, el único hecho cierto que Denise conocia de su vida pasada:—¿podria, pues, este espíritu bienaventurado olvidar á su devota, caso de que por la voluntad de Dios hubiese ido al purgatorio? Ademas, San Miguel, en calidad de principe del purgatorio y regente de nuestra Señora; en cumplimiento del cargo honorífico que la Iglesia le atribuye en la Misa de difuntos, recibe como un homenaje tributado á su misma persona, todo acto de caridad á favor de las almas benditas; y si fuese cierto que un corazon celoso es siempre una prueba de agradecido, entónces, á no dudarlo, que aquel intrépido y magnánimo Arcángel nos recompensaria un dia sobreabundantemente y cual corresponde á un principe tan ilustre, y acaso dentro de los límites sometidos á su especial jurisdiccion.

Ni está ménos interesada en esta devocion por los fieles difuntos la devocion á los Santos: cólmales con las delicias de la caridad á medida que aumenta su número, embelleciendo á la vez sus órdenes y jerarquías: innumerables Santos patronos están personalmente interesados con una muchedumbre de almas, porque no solo subsisten las afectuosas relaciones que mediaron entre

ellos y sus protegidos; sino que han llegado á estrecharse con una ternura profunda que inspira en su ánimo la terribilidad del tormento que padecen sus devotos, y con un interés más vivo, á causa de la victoria completa que sus clientes han alcanzado con su valimiento; ven en las almas benditas la obra de sus propias manos, el fruto de su ejemplo, la contestacion á sus oraciones, el resultado de su patrocinio y la rica y hermosa corona de su intercesion afectuosa y caritativa. Todo esto puede aplicarse con mayor motivo todavía á los Fundadores de Órdenes y Congregaciones: semejantes Santos, semejantes Fundadores, son los hijos del Sagrado Corazon de Jesús; han sido concebidos en sus recónditos senos, amamantados con la Sangre más pura de ese Corazon immaculado, la cual es más suave que la leche, y más exquisita que el vino de la rica é incomparable uva de las viñas de Engaddi; su caridad ha llegado á sorprender los secretos de la comprension y dilatacion de semejante Corazon Sacrosanto: ¿quién, pues, puede expresar los afectos de compasion que los Fundadores abrigan hácia aquellos hijos suyos atormentados en los fuegos abrasadores del purgatorio? Semejantes almas les honraron durante su peregrinacion en la tierra; vivieron en la casa

de sus Padres y Fundadores; su voz estaba constantemente resonando en sus oídos; sus fiestas eran días de júbilo, regocijo y canciones espirituales; sus reliquias les servían de escudo; su regla de segundo evangelio; sus dichos y acciones, nunca se les caían de los labios; su traje y librea las tuvieron en tanta estimación, como si fuese el vestido de un rey oriental, regalado á su valido. Él estaba con ellos durante todo el día; le amaban con frenesí; le alababan, hasta el punto de hacer á las gentes sonreír con su orgullo de familia; le temían como á una sombra, cuya triste mirada, cayendo sobre su alma, era para ellos una calamidad más espantosa que el fuego, la espada ó la peste; al acercárseles la hora de la muerte, su nombre, y ninguno otro, excepto los nombres de Jesús y María, era el único que pudo tranquilizar su espíritu atribulado, ahuyentar de su lado los enemigos malignos, y calmar los sobresaltos, y las apreturas, y las congojas, que si no alteran la perfección de nuestra paciencia, á lo ménos quitan á la muerte sus gracias y encantos. ¡Qué maravilla, pues, que las ame su Fundador, al verlas ostentando, inmaculadas y bellas, las preseas de su Órden, la gloria de su regla, en aquellos fuegos purificadores de Dios!

2.^a Pero hay otra particularidad en esta devoción por los fieles difuntos: no consiste en palabras y afectos, ni meramente induce á la acción, de un modo indirecto y á la larga; sino que es en sí misma una acción real, y, en su consecuencia, una devoción sustancial: habla, y una obra es ejecutada; ama, y una pena es disminuida; ofrece sacrificio, y una alma es liberada: nada puede haber más sólido; casi nos atreveríamos á compararla, guardada la debida proporción, con la voz eficaz de Dios, que obra lo que dice, ejecuta lo que enuncia, y quiere, y aparece una creación entera. La devoción soberana de la Iglesia consiste en las obras de misericordia; y ved cómo todas ellas se practican con la devoción por los difuntos: con Jesús, Pan de los Ángeles, alimenta á las almas hambrientas; con la exquisita bebida de su Preciosísima Sangre apaga la sed de las sedientas; viste al desnudo con el ropaje de la gloria; visita á los enfermos, llevándoles remedios eficaces con que curarles, ó al ménos, procurándoles, con semejante visita, alguna consolación; redime á las cautivas, sacándolas de una esclavitud más espantosa que la muerte, otorgándolas una libertad celestial y eterna; acoge á las extranjeras, y el cielo es la mansión donde las recibe; entierra á las muertas

en el seno de Jesús, ofreciéndolas allí un descanso sempiterno. Cuando llegue el día del juicio final, y nuestro Señor amorosísimo haga estas siete preguntas de su proceso judicial, estos interrogatorios de las obras de misericordia, ¡cuán dichoso no será aquel sugeto, y acaso sea el más pobre de entre nosotros, quien jamás dió una limosna por haber él tenido que vivir mendigando; al oír su propia defensa, brillante y elocuentemente hecha por una muchedumbre de almas bienaventuradas, á quienes él ha dispensado semejantes obras de misericordia mientras gemían en la casa-prisión de la esperanza, esto es, en el purgatorio! Tres veces al día se ponía San Francisco de Sales en la presencia de Dios, cual si estuviese ya viéndole sentado en su tribunal, examinándose para sentenciarse según la ley de su Salvador. Hagamos nosotros si quiera esto; y así es cómo llegaremos á ser otros tantos servidores de San Miguel, otros tantos Ángeles de Guarda de aquella hermosa, pero melancólica region del purgatorio.

3.^a Otro punto de vista, desde el cual podemos contemplar esta devoción por los fieles difuntos, consiste en un completo y delicioso ejercicio de la tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que son las fuentes sobrenaturales de toda

nuestra vida espiritual. Primeramente, ejercita la fe; porque la devoción por los fieles difuntos, no solo conduce á los hombres á vivir en el mundo invisible, sino que tambien les excita á trabajar en él con tanta energía y convicción, como si le tuviesen delante de sus mismos ojos. Espántanse no pocas veces las personas irreflexivas ó ignorantes, de la minuciosidad, familiaridad y convencimiento con que oyen hablar del mundo invisible, como si fuese de las riberas del Rhin, de los olivares de la Provenza, de la campiña de Roma, ó de las costas de Nápoles; parajes que ellos han visitado en sus viajes, y cuya situación geográfica conservan en su memoria, con la misma viveza que si los estuviesen viendo con los ojos. Pues bien; todo esto procede de la fe, de la oración, de la lectura espiritual, del conocimiento de las vidas de los Santos y del estudio de la teología; y seria una cosa bien extraña y lamentable si así no sucediese; porque ¿qué es para nosotros, tanto en interés como en importancia, el mundo que vemos, comparado con el mundo oculto á nuestras miradas corporales? Ejercita igualmente nuestra fe en los efectos del Sacrificio y los Sacramentos, que no vemos; y no obstante, hablamos de ellos, con relación á los difuntos, como

de hechos reales y consumados. Ejercita tambien nuestra fe en la comunion de los Santos, hasta un grado tal, que á un hereje le pareceria imposible poder él un dia rendir su inteligencia á credo tan extravagante y absurdo; ocúpase de las indulgencias con la misma sangre fria, que si fuesen las más ordinarias transacciones materiales de este mundo; conoce el tesoro invisible del que se sacan semejantes riquezas, las llaves invisibles que abren el tesoro, la ilimitada jurisdiccion que pone infaliblemente dichas gracias á su disposicion, la aceptacion divina, aunque no revelada, de las mismas, y el efecto invisible que producen, con aquella misma certeza y seguridad que conoce el agua y los árboles, las calles y los templos; aunque frecuentemente no sepa presentar á los demas prueba alguna de semejantes cosas, ni aun darse á sí mismo razon de ellas. La difícil doctrina de la satisfaccion, ninguna dificultad ofrece á la fe de esta devocion: la maneja con facilidad asombrosa; echa las cuentas que mejor la convienen; traspasa sus satisfacciones de acá para allá; cambia la direccion de una á otra parte, de este punto al otro opuesto, contando siempre, en semejantes operaciones, con el paternal beneplácito de su Dios y Señor: los

pormenores del gobierno doméstico de cada dia, no se arreglan con más calma y serenidad, que aquella con que semejante devocion por los difuntos ordena estos objetos ocultos, que á cada paso están ofreciendo cuestiones tremendas, casi las más difíciles con que el entendimiento tiene que luchar. Manifiesta, en fin, la misma fe robusta en todas aquellas devociones católicas que, como dijimos arriba, están confluyendo en semejante devocion por los fieles difuntos; pues dice el Apóstol:—«Mi justo vive por fe; pero si se apartare, no agradará á mi alma;»—¿y qué es la fe, sino «la sustancia de cosas que se esperan, la evidencia de cosas que no aparecen?»

Ni esta devocion por las benditas almas es un ejercicio ménos heróico de la virtud de la esperanza, virtud desgraciadamente tan abandonada en la vida espiritual de los tiempos presentes. Porque ved qué edificio tan grandioso no levanta semejante devocion, edificio de hermosas, variadas y magnificas proporciones, en cuyo recinto, de un modo ó de otro, está encerrada toda la creacion, desde el lijero dolor de cabeza que sufrimos, hasta la Sagrada Humanidad de Jesús, y al que tampoco es extraño ni el mismo Dios. Y bien; ¿sobre qué descan-

sa semejante edificio espiritual, más que sobre una sencilla y filial confianza en la fidelidad divina, que es el motivo sobrenatural de la esperanza? Esperamos por las almas á quienes socorreremos, y son innumerables las bendiciones que esperamos alcanzar en beneficio suyo: esperamos hallar misericordia para nosotros mismos, por nuestra misericordia; y semejante esperanza alienta nuestros esfuerzos, sin disminuir en lo más mínimo el mérito de nuestra caridad. Si en vez de reservarnos nuestras satisfacciones é indulgencias, las cedemos en favor de las almas del purgatorio, semejante enajenacion no es más que un acto heróico de la virtud de la esperanza: entregámonos, confiados, en las manos de Dios; apénas llega á ocurrírsenos que, obrando de esta manera, quizá estemos sentenciándonos á permanecer años y años en aquel fuego abrasador: cerramos nuestros ojos, desechamos de nuestra mente todo pensamiento levantado, damos todas nuestras limosnas y nos arrojamus en los brazos de la divina Providencia. Y no haya miedo que seamos defraudados en nuestra esperanza; pues ¿quién confió alguna vez en Dios, que se viese chasqueado? ¡No! ¡no! que todo va á las mil maravillas, como uno se abandone en

manos de su divina Majestad. Además, semejante devocion por los fieles difuntos, obra sobre objetos que están más allá del sepulcro, donde se encuentra la morada de la esperanza, oculta bajo un velo. «Porque somos salvos por la esperanza, pues la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? y si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo esperamos.» Y no sin razon; que no es ningun sueño el estado de los difuntos, ni una ilusion nuestro poder para socorrerlos, como no lo son tampoco la pureza de Dios y la Preciosa Sangre de Jesús; y así, aunque existan no pocas consolaciones; mas nosotros somos quienes tenemos «un fortísimo consuelo, los que hemos tomado el refugio de asirnos á la esperanza, puesta delante de nosotros, la cual tenemos cómo una áncora del alma, firme y segura, que penetra hasta dentro del velo en donde es por nosotros introducido Jesús, nuestro Precursor, constituido Pontífice eternamente segun el órden de Melquisedec.»

En cuanto á la caridad de esta devocion por las benditas almas, solo tenemos que decir que hasta se atreve á imitar la caridad del mismo Dios. En efecto, ¿qué hay en el cielo y en la tierra, que ella no abrace con tanta facilidad, con

gracia tanta, como si no tuviese apénas que emplear ningun esfuerzo, ó se olvidase de sí misma, y no pudiese mezclarse en distraerla? Es un ejercicio de amor de Dios, pues ama á aquellos á quienes Dios ama; y les ama porque Él les ama; y les profesa semejante amor, para aumentar la gloria de Dios y multiplicar sus divinas alabanzas: en solo este acto de amor están comprendidos cien amores de Dios, como podríamos verlo claramente si reflexionásemos acerca de la situacion de aquellas almas benditas, y contemplásemos todo cuanto envuelve la entrada de un alma en la bienaventuranza eterna de la gloria. Es un acto de amor á la Sagrada Humanidad de Jesús, ya que engrandece la copiosa redencion de nuestro Salvador; honra sus méritos, satisfacciones, designios y misterios; puebla el cielo y glorifica su Sangre; está llena de Jesús, de su espíritu, de sus obras, de su poder, de sus triunfos. Es asimismo, segun llevo demostrado arriba, un ejercicio de amor á nuestra Madre dulcísima, á los Ángeles y Santos del cielo. ¿Y quién es capaz de encarecer la grandeza de su caridad hasta para con las mismas almas del purgatorio, ora las demos la justa medida de todo lo que la Iglesia nos ordena que hagamos, juntamente con algunas limosnas voluntarias; ora

la medida llena de todas las satisfacciones libres de nuestra vida pasada, conforme lo practicaba Santa Gertrúdis; ya la medida enteramente apretada con todos aquellos sufragios que nos sean aplicados despues de nuestra muerte, imitando así el acto de renunciacion heroica del Padre Monroy; ya, en fin, la medida colmada, sobre la que se acumulan todas las restantes obras especiales de amor, tales como el promover semejante devocion por medio de conversaciones, sermones y libros; ó bien logrando de los demas, que apliquen por aquellas esposas queridas de Jesús, Misas, Comuniones, penitencias é indulgencias. Todos los vivos, incluso los pecadores, van comprendidos en semejante devocion por los difuntos; porque, poblando de nuevos ciudadanos á la Iglesia triunfante, multiplica de esta manera el número de abogados que intercedan por nosotros que aun estamos militando sobre la tierra. Es igualmente un ejercicio de caridad hácia nuestras personas, en cuanto que nos grangea amigos en el cielo; implora misericordia en favor nuestro, para cuando nos encontremos en el purgatorio siendo víctimas pacíficas, y, al mismo tiempo, llenas de pena y afliccion; aumenta nuestros méritos en la presencia de Dios; y luego despues, siempre que

perseveremos, nuestra recompensa eterna en la patria celestial. Pues ahora bien; si semejante afecto tierno por los difuntos es un ejercicio excelentísimo de las tres virtudes teologales; si hasta la santidad heroica consiste principalmente en la práctica de las susodichas tres virtudes, ¡qué rico acopio no debemos prometernos de una devoción tan afectuosa y encantadora!

4.^a Otra de las excelencias, que resplandece en la devoción por los fieles difuntos, consiste en sus efectos sobre la vida espiritual: cualquiera diría que era una devoción especialmente destinada á las almas de vida interior y recogida; pero, en realidad, encierra tantas enseñanzas, y es tan sobrenatural, que no debe uno sorprenderse de la influencia que ejerce sobre la vida espiritual. Porque, en primer lugar, dicha devoción es una obra enteramente oculta: no vemos los resultados; así es que ofrece escaso cebo á la vanagloria; ni es tampoco una devoción, cuyo ejercicio aparezca á los ojos de los demás: implica también un completo olvido de sí mismo, enagenándonos de nuestras propias indulgencias y satisfacciones, y manteniendo un vivo y tierno interés, por un objeto que directamente no nos concierne: es no solo un ejercicio por la gloria de Dios, sino por su mayor

gloria y sola su gloria: inducenos á pensar únicamente en las almas, cosa tan difícil de conseguir en este mundo material, y á pensar también en ellas, simplemente en concepto de esposas de Jesús; así es cómo adquirimos una disposición de ánimo, que tan fatal es al espíritu del mundo y á la tiranía del respeto humano, llegando al mismo tiempo hasta á neutralizar la acción del veneno del amor propio: el pensamiento incesante en las almas benditas, conserva constantemente delante de nuestros ojos una viva imagen del sufrimiento; y no meramente de un sufrimiento pasivo, sino de una alegre conformidad con la voluntad de Dios que le envía. ¿Pero todo esto es acaso otra cosa que el espíritu mismo del Evangelio, la verdadera atmósfera de la santidad?

Además, nos comunica semejante devoción, cual si fuese por simpatía, los sentimientos que abrigan las almas benditas, aumentando así nuestra reverencial, pero confiada veneración á la adorable pureza de Dios; y como á escepción del caso de la aplicación de indulgencias por los fieles difuntos, el satisfacer por los pecados de otros, requiere un estado de gracia, es, en su consecuencia, una función especial del sacerdocio lego, que ejercen los miembros de Cristo. El

espíritu de la devoción es la compasión, antídoto contra la frivolidad y dureza de corazón, y prueba maravillosa del carácter tierno y afectuoso que resplandece en la levantada santidad; porque, ¿quién es capaz de expresar con palabras lo que llegaría á acaecer manteniendo ante los ojos, constantemente y con paciencia, durante años enteros, un modelo tan acabado de deseo vehemente, de inefable y resignado deseo de vivir en compañía de nuestro Señor amorosísimo? ¿Qué cosa tan maravillosa es la vida de un católico fervoroso! Es, digámoslo así, omnipotente, inmensa; pues que no es tanto él quien vive, sino Cristo, quien vive en él. ¿Cómo es que no obstante estar todos los días de nuestra vida tocando y manejando objetos tan llenos de sobrenatural energía, de unción secreta y de fuerza divina, no pensamos en ello, sino que menospreciamos las intenciones, malgastamos el tiempo en medio de este estupendo sistema sobrenatural de gracia, pareciéndonos á una piedra introducida en la tierra, que acompañándola en la rotación, no tiene conciencia de semejantes impetuosas revoluciones diurnas?

Paréceme inútil enumerar los diferentes medios de que podemos valernos para practicar esta devoción por los fieles difuntos: son de-

masiado conocidos de los católicos; y si fuésemos á ocuparnos extensamente de ellos, se necesitaría un libro entero. Por de contado, que el adorable Sacrificio de la Misa y las indulgencias, serán siempre los principales medios de ejercer nuestra caridad para con las almas benditas; y por lo que hace á las devociones que tienen indulgencias, pienso hablar largamente en cualquiera otra parte. Sería de desear, que la hechicera devoción de consagrar el mes de Noviembre á las benditas almas del purgatorio, á la manera que dedicamos el mes de Mayo á nuestra Madre amorosa, María santísima, se extendiese y arraigase entre nosotros; ya que es difícil haya devociones en la iglesia de Dios, que sean tan acomodadas á nuestro carácter y tan en armonía con los sentimientos de esta nación, como las devociones por las almas benditas del purgatorio. En todas nuestras prácticas, tengamos presente siquiera estas dos cosas: 1.^a, que las personas piadosas tienen que expiar las faltas ligeras; y 2.^a, cuán largo es el proceso, dónde no puede haber ningún mérito que le abrevie ni aumente el valor del sufrimiento.